

Creació Literària

JACINTA NEGUERUELA CEBALLOS*

Migraciones

Algunas aves en su eterno retorno y algunas personas en su condición de expatriadas muestran, con su mudanza y su nostalgia de los orígenes, el devenir incesante de las migraciones.

En ellas se adivina una parte de nuestra propia naturaleza, una confirmación de lo que somos en el aparente magma caótico del existir.

Cuando la travesía es interior, morir y nacer de nosotros mismos no es más que la señal inequívoca del viaje definitivo.

* Escritora. Profesora del I.E.S. de Benicàssim. Castelló

Alumbrarse

Enmarañada la memoria,
baldía la tierra que un tiempo
mereciera ser pisada,
rotos los puentes,
detenidos los caminos.
Así tuvo que ser la estepa
donde parir,
de una herida a otra herida,
rezumando las lavas
y la herrumbre del dolor.

Me nació una vez.
Reclamé el río de la vida
que me correspondiera.
Todavía un coágulo matriz salpicó
las aguas retenidas.
Vi los peces abisales,
el magma hiriente,
las mesetas eternas,
los labios hinchados que cerraron con
sigilo
las mareas,
se espantaron las bestias
de la orilla cercana.

Me lavé la hiel desprendida.
Una llaga sinuosa y flotante
derivó hacia el río.
En su agujero negro apresó
el universo entero.
Se cubrieron las aguas amarillas,
circularon corrientes retenidas.

Vi alejarse lentamente un cadáver.

Del río aquel

Vi fluir el cosmos
en la senda, el árbol y la cañada,
singular anuncio el del vencejo
cuando la noche avanza hacia el Teleno.
La vida resonaba en sus gorjeos,
en la corriente tumultuosa del Duerna
y sus latidos,
hasta que te detuve, centauro
entre los juncos,
Príapo velocísimo
en la corriente.

Agua.

Agua
de
la
vida.

Vida.

El pájaro de la felicidad

Llega un resplandor
y la sombra del pájaro
relampagueante
tropezando en el aire.
Algo me dice
que este otoño nos nace
y que el camino
tan vivido,
el almendro seco
y el árbol sin nombre,
en el pueblo antiguo,
se añaden a la larga
cinta del mar.
El presente, difícil
de apresar,
tiene el lomo de un pez.
Es nacarado, se esconde,
nada torpe
en la continuidad del tiempo.
Casi nunca la mano lo apresa.
Sólo los pasos continuos,
el aliento de los primeros días
del frío,
y no hay más.
No somos más que negros
truncos en el huerto
abandonado.
Así pasó el pájaro.
Difícil creer que la vida
pudiera dejar caer
la presa de su pico.

El otro lado

Dicen que la tierra acoge a los muertos.
Dulcemente llueve sobre el océano
como si llevara lloviendo desde el principio de la vida,
como si nunca hubiera dejado de llover.
Miro su cuerpo sumergido, nadando
entre los peces y la espuma marina.
Su silueta se aleja. Es otro pez
en el agua matriz.
No le llamo. Sé que mira al otro lado,
busca sus propios muertos, que se aprestan
a calmar las mareas.
La hora está cerca.
Bajo el mar, ya está el camino hecho.

Vuelo nocturno

Cuando se desvanece
o cuando se me muere,
no hay ciudad en el mundo,
con sus luces extrañas
desde el avión,
que se me ofrezca más deshabitada
y, como el reloj de arena,
dejo inexorable discurrir,
como los peces hacia el remanso,
algún agujero extraño de la memoria.
Y cuando creo que nada queda
sino las grietas en las piedras
y la arenisca en el paseo,
de repente la ciudad
y sus luces extrañas desde el ojo de buey,
casi como una lente poderosa,
me trae lo que fuimos
y este mar frío que nos quedó.

Espectros

La arenisca se desprende de los cuerpos varados.
Algún pájaro cruza veloz la tarde oscura,
invernal, casi muerto este día de Enero.
Algunas tardes nuestras en la ciudad
y el resplandor que hoy provocan en la memoria,
a destiempo,
se recortan sobre el cielo.
Es tan lenta esta tarde, tan quieta.
Levanto aquellos años para sentir que
siguen esparcidos, aquí y allá, entre estos espigones
y que continúa, enorme, la erosión de la distancia.
Dicen quienes nos vieron que.
Sólo el estupor.

Camino al Acebal

Hacia donde escapa el agua
o en la espesa niebla que ensombrece
la mata de árboles, en la dulce noche,
o en las hojas, confundiendo los pasos
sombrios, en la tibia noche.
Veía el camino como una aguja cristalina
en medio del paisaje.
Al fondo, ella,
como una noche de Diciembre.
Yo no tenía miedo.
Por ahí quisiera marcharme,
derrotada la vida,
reventadas las piernas,
manejo de sarmientos pies y manos,
y los ojos devorando la cara
de tanto mirar.

Cientos de pájaros

Entre el cielo y el mar,
la continuidad del acero es imperturbable.
No pregunto. Pessoa me enseñó la mirada
sin más.
Han vuelto las golondrinas al mismo nido.
No pregunto.
Nos cerca el viento con sus ráfagas
alocadas,
en esta primavera distinta.
Me sorprende otra vez mi alegría truncada.
Estoy dentro. En algún lugar de ese horizonte.
Nadie me ve.
No dentro del océano. En algún lugar de ese horizonte.
Nos cerca el agua de un temporal tardío,
en esta primavera distinta.

Si no me recogieras, vida,
en la playa misteriosa,

¿dónde estás, invierno,
mi animal marino?

Y si tu ausencia

Por las ondas del río,
más allá del puente,
en remolinos y vértigos negruzcos,
te llevaban los días
hacia la otra orilla,
la de la niebla del poeta.
No te sentía el palpito,
la cara ya tan blanca.
Ven,
déjame beberte,
traspásame hasta
el otro lado de la carne
donde el fango y la ciénaga matriz
se sobrecogen,
golpea sus paredes
y dime que volviste de la mitad del río
y que es pronta la marea que se nos lleva
y que hoy te quedas,
un día más,
una vida más,
como un pez devuelto
de las manos del pescador.

Lo que permanece

Un ancla se me antoja suficiente para cercar el invierno.
Un invierno varado siempre me reconforta.
La luz de Enero y el frío, tan cálidos como los tiempos mejores,
siempre se van.
No reconozco los rostros del verano.
Mi infancia fue una ráfaga corta en la soledad de la nieve:
figura ensimismada en un círculo de cristales.
Tuve frío después,
cuando perdí el paisaje que la vida clavó sin más en la pared,
para volver una y mil veces
y comprobar
que temperaturas y colores no se han ido.